

“El resto del texto”, Literal, 1 (1973): 47-52.

Una vez “formalizado” el texto e inscripto en cierta teoría, una vez sometido al proceso que consiste, por parte del enunciador del discurso crítico, en esclavizarse a él para dominarlo, queda un resto no totalizable, no semantizable, no representable, no filtrable. Ese resto rompe la impenetrabilidad de todo “modelo crítico” y de toda “aplicación”; se lo llama el “desperdicio” del texto: es, en realidad, su potencia. (Puede tratarse de un residuo de cualquier tipo de extensión: desde un adjetivo, un verso, un conjunto finito de palabras escritas, un agrupamiento que constituya un “personaje”, hasta una relación, un orden específico o una apertura arbitraria.) Pero es evidente que tal desperdicio no lo es del texto sino del discurso crítico: el resto es lo no actualizado por el trabajo crítico, lo informulado; cada sistema teórico de análisis de la escritura deja residuos diferentes. Esos restos funcionan, en el interior del sistema crítico y según la distinción de Husserl (Primera investigación lógica) como indicios y no como expresiones. Son algo así como el lenguaje infantil: un sistema informacional sólo en el plano de la estructura fonética (como lo demuestra el análisis fonológico) pero, desde el punto de vista semiológico, un agregado fluctuante de indicios de situaciones diversas.

Ante el resto (del) texto caben dos posibilidades teóricas y una tercera, quizás imaginaria. La primera posición teórica es teológica y se funda en la hipótesis leibniziana de la inagotabilidad en lo finito de los predicados y de la sustancia: aunque se efectúen, en el interior del sistema crítico, enrejados cada vez más finos, el residuo que subsiste es inexorable; hay una inagotabilidad real del texto. La otra posición teórica postula que si el residuo no puede ser apresado mediante el refinamiento y la profundización de un punto de vista, podría captarse por multiplicación de enrejados irreductibles: entrecruzando diversos sistemas teórico-críticos, multiplicando los “filtros”, superponiendo niveles diferentes, el residuo dejaría de ser tal en una práctica crítica entendida como operación productora y no como descripción o explicitación estructural. Se trataría de una crítica polifónica que introduciría la historia en el discurso crítico, postulado como proceso de una multiplicidad de operaciones simultáneas.

Quisiéramos suponer (a pesar de esta segunda omnipotente posibilidad) que sigue presente un resto resistente de texto en el discurso crítico e imaginar sus efectos. El resto, como “no significativo”, sería la vía de escape del texto en un discurso crítico determinado por la dimensión

del sentido y la realidad-verdad de la escritura; el resto como tal es solidario de un pensamiento lineal. Acompaña todo “modelo” y lo niega; rechaza todo valor “explicativo”; anula toda pretendida “interpretación”: no encaja. Los residuos (pérdidas) del texto en el discurso crítico constituyen la única posibilidad de descentrar los sistemas totalizantes y teleológicos: son su transgresión permanente. Los desperdicios emergen, en realidad, como los lapsus del texto en el discurso crítico: sus síntomas, su verdad. Y esa verdad se opone, con absoluto rigor, a la falacia del metalenguaje del discurso crítico.

Porque, y precisamente por lo paradójico, el residuo es, en realidad, no un resto sino un demás, un añadido y un suplemento (en el) texto. Lo que no quiere decir nada para el discurso crítico, lo no justificable (ni siquiera a partir de otros textos, en una intertextualidad generalizada), lo imposible de “traducir”: lo que no produce sentido sino sólo desconocimiento. Y cuando ese demás se niega a la utilización, abre la posibilidad del juego de sus elementos: su goce. (Freud, en El chiste, lo enunció: cuando el chico aprende el vocabulario de su lengua materna goza experimentándola: acopla palabras sin sentido por el mero placer del ritmo y la rima. Ese placer se le prohíbe progresivamente, hasta el día en que sólo se toleran las asociaciones de palabras según su significado.) Sólo cuando la palabra escrita se enuncia como demás se puede gozar de ella. El desarme del trabajo crítico, tal como lo conocemos en la actualidad (con sus variantes psicoanalíticas, lingüísticas, antropológicas, sociológicas, que brindan cada vez más pobreza y dejan cada vez más restos) se produce efectivamente cuando las armaduras teóricas se enfrentan con el goce de la palabra que está de más. El discurso crítico, que habla del hecho de que la escritura dice “otra cosa” y de cómo la dice, se ve obligado así a escribir el hecho de gozar de ese demás: para “salvar el resto”. Pero entonces ya no hablará del llamado texto-objeto, ya no podrá practicar el denominado metalenguaje, puesto que deberá referirse solamente a su propio goce. El residuo es, así, en tanto “no necesitado” para la formalización, no instrumental e inútil, el punto de partida del desvanecimiento del trabajo crítico. El hecho de que pueda existir el goce del resto-demás (del desperdicio-pérdida) anula la posibilidad del metalenguaje constitutivo del discurso crítico; si este pudiera escribir su goce dejaría de hablar del texto objeto: se constituiría, errático, en mera escritura. No una totalidad englobante de las partes del texto objeto, sino una parte más que se suma a ellas: como otro resto. El efecto del resto sería, por lo tanto, la anulación de la heteronomía del discurso crítico y la constitución de este en otro texto.

El problema del desperdicio del texto es correlativo y análogo al de la multivocidad y polivalencia del significante, de su dispersión. El discurso crítico debe confesar su límite: imposible seguir el viaje infinito de la connotación (y es evidente que el reconocimiento de ese límite lo denuncia como un discurso represor: todo corte de la cadena connotativa equivale a su institucionalización, así como toda interrupción del viaje esquizofrénico instaura un “loco”). Y los efectos de la dispersión del significante y del resto como goce son idénticos: cuando el significante, después de atravesar el signo, después de recibir todas sus significaciones y asociaciones, se borra como tal y se convierte en pura materialidad, cuando se deja “entender” pero no es susceptible de “saber”, el lenguaje anula sus niveles, jerarquías y representaciones que constituyen la base del discurso crítico como metalenguaje.

Son pensables textos en los que el desperdicio se agiganta, en los que emerge como lo único constitutivo; textos hechos meramente de restos, que no sólo niegan todas las posturas críticas sino todo metalenguaje, aplastando cualquier discurso crítico en tanto dependiente y dominante de “otra” escritura, en tanto justificado por la existencia de “otro” texto pero justificándolo a su vez; textos-restos, cuya única posibilidad de hablar de ellos y del goce que producen sea, después de arduo trabajo, la de Pierre Menard, no novelista, no autor sino lector de El Quijote: la transcripción.